

DOMINGO IV DE TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Jeremías, 1, 4-5.17-19): *Antes de formarte en el vientre, te elegí.*

Salmo (70, 1-4a.5-6b.15ab.17): *«Mi boca contará tu salvación, Señor»*

2ª lectura (1ª Corintios, 12, 31- 13, 13): *El amor no pasa nunca.*

Evangelio (Lucas 4, 21-30): *Hoy se ha cumplido esta escritura.*

Si hay algo que nos caracteriza a los seres humanos es nuestra capacidad de mirar hacia el futuro. No solamente estamos inmensos en el momento presente y recordar y revivir momentos del pasado, con sus alegrías y sus tristezas, además somos capaces de mirar hacia adelante, hacia el futuro. A veces podemos sentir miedo a lo que el futuro nos pueda traer, pero casi siempre son otros sentimientos los que acompañan esa mirada hacia adelante.

Vamos haciendo nuestras construcciones mentales de un futuro como quisiéramos vivirlo. Unas veces lo imaginamos y nos ilusionamos, llegando a forjarnos un proyecto de vida. Pero, aunque lo vayamos haciendo parte de nosotros, ese futuro no nos pertenece aún. Hacemos nuestros proyectos esperando siempre que sean exitosos, más la mayoría de las veces no ocurre así. Planeamos, organizamos, nos esforzamos... pero el resultado no se da. Esperábamos sucediera lo que no ocurrió. Y, nunca esperábamos lo que sí ocurrió. No podemos renunciar a nuestras expectativas, pero tenemos que avanzar con pasos firmes y amar la vida con sus altibajos, como se va presentando.

Pertenece a un mundo que, en distintas épocas de su historia, ha pasado, pasa y pasará por diferentes etapas en las que se producen guerras, violencias, momentos de hambruna, fases de escasez y penuria por distintas partes y países. Estamos cansados de oír a visionarios que, observan las catástrofes que ocurren por el mundo. Males causados tanto por causas naturales como provocados por la negligencia y maldad de nuestra sociedad. Y solo hablan negativamente de las consecuencias, sin querer ver las contraprestaciones que generan la solidaridad y el amor de las gentes.

Las mejores, las mayores aspiraciones, nos lo dice Pablo muy claro: *«Voy a mostrarles el camino mejor de todos... Aspiren a los dones más excelentes... Todo cuanto hagáis, hazlo con amor, porque si no tienes amor, de nada te sirve... El amor es paciente, no tiene envidia, no se irrita, todo lo soporta y dura siempre»*. ¡Ese es el proyecto más extraordinario! El de aquellos que no buscan tener razón ni poseerlo todo, sino que se disponen, como el Maestro, a darlo y darse todo. Necesitamos personas que vean con lucidez el presente, y sepan pronunciar una palabra de denuncia y de anuncio. *«Necesitamos verdaderos profetas»*, que nos hablen después de haber escuchado con detenimiento y obediencia la voz de Dios.

Es verdad que la palabra profeta puede ser *malinterpretada* por muchas opiniones de hoy. La razón es fácil de encontrar, pues se le identifica con el que *tiene visiones*, principalmente del futuro. Algo así como un *vidente* de lo oculto, o un *visionario* del porvenir. Esto a muchos les inquieta, incluso les da miedo. Porque el futuro supone incertidumbre, riesgo, algo que no se controla; les gustaría saber qué les depararán los días, meses o años venideros. El profeta, creen ellos, se mueve en ese mundo inseguro y oscuro de lo no controlado, de lo desconocido.

Esta falsa idea del profeta lo desconecta, en primer lugar, de su fundamento, de su base de apoyo: Dios. El profeta bíblico no es nada sin Dios: habla en nombre de Dios, sufre los silencios de Dios, a veces tiene que decir incluso lo que no quiere, porque Dios es quien se lo ordena. Esta diferencia marca una línea roja entre los adivinos y el profeta. Los primeros, hablan de ellos, de lo que ven o creen ver; incluso se atreven a pronosticar el futuro de la historia o de las personas. Los segundos, los profetas, no hablan de ellos; dicen lo que *escuchan* de Dios, y obedecen la palabra de Dios, aunque les cueste dolor, persecución y sangre. No es lo mismo, ni se le parece.

Por su misma etimología, *profeta* quiere decir *vocero de Dios*, su *portavoz*. El término griego tiene que ver con *hablar*, no tanto con *ver*. El Dios que se nos manifiesta en la Escritura, lo sabemos bien, tiene ojos y oídos bien abiertos a las necesidades de su pueblo; tiene el corazón preparado para dejarse afectar por la vida de su pueblo. Por eso el profeta no habla de asuntos intrascendentes, o secundarios, o superficiales. Habla desde el corazón mismo del Dios de la gente, de la historia, del amor. Nunca veremos a un profeta que juega con los problemas de la gente, con sus sentimientos, con sus miedos... Al revés: el mensaje de los profetas es liberador e incisivo; denuncia y da esperanza; abre al futuro con los pies fijos en la tierra, en el presente. Escudriña lo que está pasando y lo ilumina con la luz de Dios.

¿Qué tiene que ver todo esto con nuestro mundo? Mucho. No solo porque el cristianismo, hijo en muchos aspectos de la fe judía, tenga rasgos proféticos. No solo porque Jesús haya sido visto por sus contemporáneos como *«un profeta»* (un título que Jesús no rechaza, si bien se le queda corto para desentrañar su misterio). La esencia de los profetas es fundamental en la experiencia humana y religiosa de la humanidad.